



No es casualidad que ‘texto’ suene como ‘textil’ en castellano y en otras lenguas europeas. Ambos términos derivan del latín *texere*, ‘tejer’. *Textus* es la forma de este verbo en el participio pasado, que podemos traducir como ‘lo que ya ha sido tejido’, es decir, las tramas ya fijadas entre la urdimbre. Lo que comenzó como una metáfora, al visualizar a las palabras como hilos que se van ordenando y entrelazando unos con otros para crear una composición coherente, se convirtió con el tiempo en un referente primario, donde se debilitó la alusión al telar. Pero el vínculo etimológico entre lo escrito y lo tejido es aún más profundo que la metáfora, y relaciona a ambos términos con ‘técnica’: tanto *texere* en latín como *téktōn* en griego (*téktōn*: ‘carpintero, artesano’) tienen su origen en la raíz proto-indoeuropea **teks-**, ‘confeccionar, construir’ (el asterisco indica que se trata de una forma reconstruida a partir de la evidencia que aportan las diversas lenguas hijas). Las palabras ‘texto’, ‘textil’ y ‘técnica’ comparten así una larga historia conceptual en Occidente. No nos extrañe, entonces, que el cañamazo sea un formato favorito para trazar abecedarios, acertijos y sentidos poemas desde siglos atrás.

En años recientes hemos observado cómo a muchos jóvenes en Oaxaca y en otras ciudades de México les gusta vestir playeras con inscripciones en inglés. Sospechamos que en varios casos quienes las portan no entienden qué quieren decir en realidad los enunciados recurrentes en la moda destinada para consumo masivo, como por ejemplo *KEEP CALM AND CARRY ON* (‘mantén la calma y sigue adelante’), en su origen un exhorto del gobierno británico para que la población se preparara anímicamente para la Segunda Guerra Mundial. En ocasiones es obvio que el mensaje se tergiversó al pasar por una maquiladora de ropa en China. No vamos a criticar aquí el gusto por esas playeras como un ejemplo de malinchismo o como un reflejo del imperialismo industrial. El punto para nosotros es percibir que estos jóvenes, con quienes nos topamos todos los días, han sido seducidos por la magia de la palabra plasmada sobre una tela, tanto como las tejedoras mixtecas en Tlazoyaltepec o como las bordadoras *li* en la isla de Hainan. El viejo encanto que liga al texto con el textil sigue vigente.

Alejandro de Ávila B. - Curador



MUSEO TEXTIL DE OAXACA
Hidalgo 917 Centro, Oaxaca
Contacto:
501 11 04 y 501 16 17 Ext. 110
Exposición: enero - abril 2020

Textos y curaduría:

Alejandro de Ávila

Museografía: Hector Meneses

Montaje: Eva Romero, Laura Santiago, Manuel Matías

Restauración:

Laura Santiago, Hector Meneses

Diseño gráfico: Abraham Hernández

Fotografía: Marcel Rius

Administración y contabilidad:

Yazmín García, Verónica Luna

Conservación: Laura Santiago

Acervo: Eva Romero, Jesús Aguilar,

Nicholas Johnson

Servicios educativos:

Adriana Sabino

Enlace comunitario: Gema Peralta

Comunicación:

Salvador Maldonado

Tienda: Monserrat Ruiz

Mantenimiento: Alma Salinas,

Ruth Leyva, Manuel Matías,

Víctor Robles, Conrado López

Agradecimientos especiales:

Yoshiko Wada, Padmaja Krishnan,

Gao Yu, Ingrid Swanton

MAYOR INFORMACIÓN DE
ACTIVIDADES Y PROGRAMAS
EDUCATIVOS
info@museotextil.org
www.museotextildeoaxaca.org.mx



Escribir con una aguja:

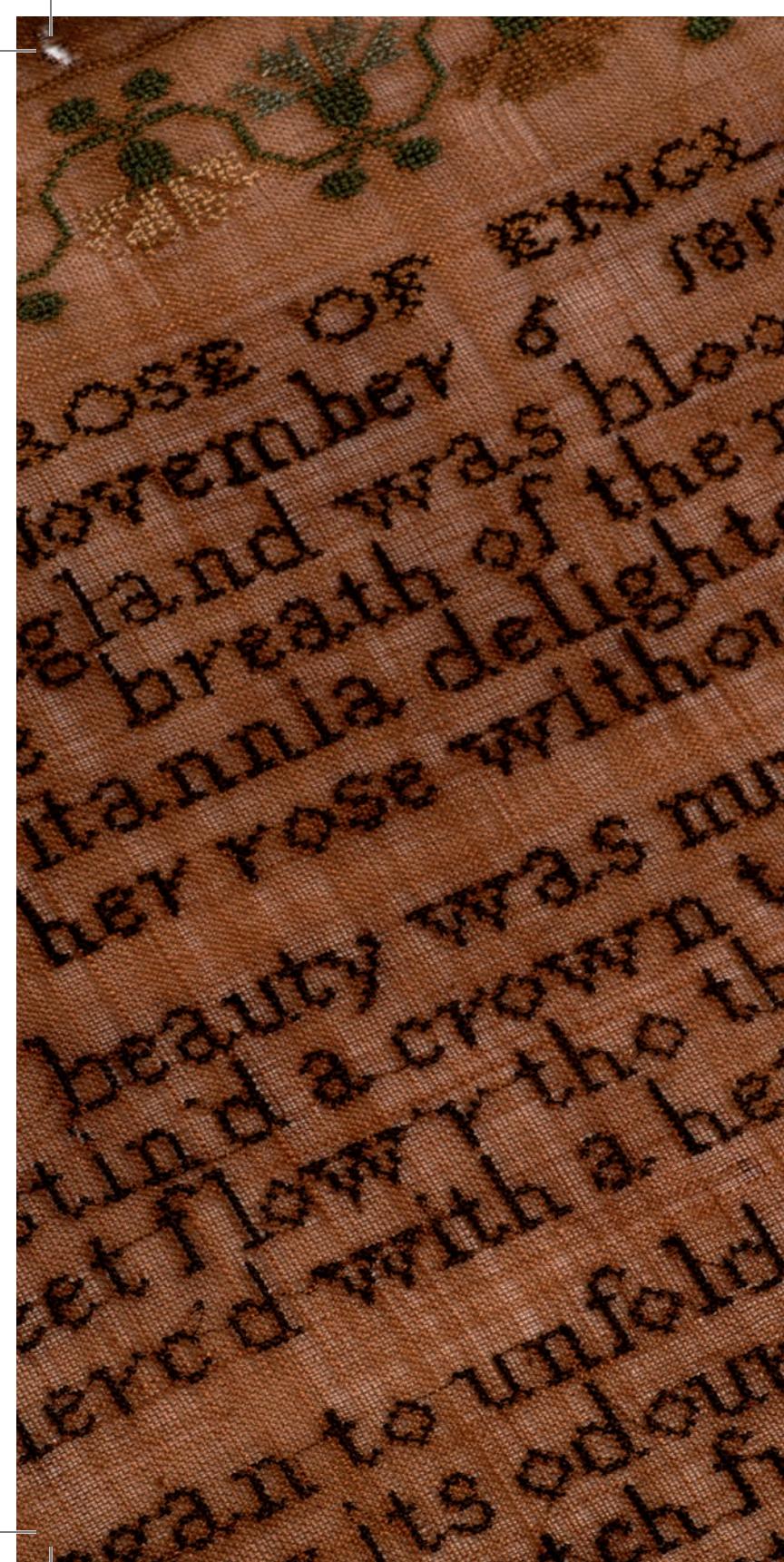
la pala
bra en
eltextil



tlazoyaltepec es la comunidad mixteca más cercana a esta ciudad. Antiguamente su agricultura de subsistencia se complementaba con la producción de carbón de encino para las cocinas urbanas. En las últimas décadas, muchas familias de Tlazoyaltepec han dejado a un lado el hacha y la milpa, y se han dedicado a la venta de flores en las calles y mercados de Oaxaca. La transición laboral a partir de una economía de autoconsumo, hasta abrirse un nicho comercial específico conforme la ciudad crecía, conllevo la pérdida paulatina de las artes tradicionales de la comunidad, entre las cuales sobresalía el tejido. Todavía en los años 1960, la mayoría de las mujeres hilaban lana con malacate y la tejían en telar de cintura para confeccionar sus faldas de enredo y los gabanes de sus maridos e hijos. Originalmente la técnica predominante era el tejido sencillo de cara de urdimbre, pero a mediados del siglo XX las mujeres comenzaron a tejer cobijas y jorongos de tapicería. Desarrollaron para ello un esquema innovador de diseño, donde figuraban de modo prominente las letras.

Con frecuencia las As y las Ts aparecían de cabeza en los jorongos, y las Cs, las Es, las Ps y las Rs se leían invertidas de derecha a izquierda. Era evidente que a las tejedoras les fascinaba el alfabeto, aunque no dominaran la escritura sobre papel. Otras prendas de Tlazoyaltepec lucían Ss repetidas a lo largo de todo el lienzo, lo cual parecería una obsesión fonética si no se explicara como una seña de identidad: Santiago es el santo patrón de la comunidad. Las tejedoras jóvenes, más duchas en el conocimiento escolar, inscribían sus trabajos con topónimos memorizados de los libros de texto gratuito para educación primaria, como lo atestiguan los jorongos rotulados OAXACA MEXICO, TUXTEPEC y TEPIC NAYARIT.

Al otro lado del mundo, la isla de Hainan en el golfo de Tonkín, al sur de China y al noreste de Vietnam, es reconocida por la calidad de los tejidos y bordados del pueblo *li*, que habla una lengua emparentada con el tailandés y que ya habitaba la isla un milenio antes de la llegada de los primeros colonizadores *han*, población mayoritaria en China. A principios del siglo XX, la subdivisión *meifu* producía algunos de los textiles más meritorios del pueblo *li*, en especial faldas tubulares adornadas con diseños complejos trabajados en la misma técnica que los rebozos jaspeados mexicanos (teñido de reserva anudada en la urdimbre, llamado *ikat*) y paños de cabeza finamente brocados y bordados con seda en sus extremos, que portaba la novia en su boda. Grandes caracteres copiados de la caligrafía china eran los diseños protagónicos de esos paños, sin bien los errores y las distorsiones cometidos en la transcripción los hacían muchas veces incomprendibles. En la medida en que es posible descifrarlos, hablan de las virtudes de la joven que se casaba. Evidentemente las bordadoras no conocían a fondo las sutilezas del sistema logográfico del pueblo *han*, pero la simple idea de plasmar un texto en tela parece haberlas cautivado.



To write with a needle: words on textiles



Tlazoyaltepec is the Mixtec community that lies closest to this city. Formerly, its subsistence agriculture was complemented by the production of oak charcoal for urban kitchens. In the last few decades, many families have left their axes and cornfields aside, and have engaged themselves full time in selling flowers on the streets and in the markets of Oaxaca. Their labor transition from an economy geared towards local consumption, to the development of a specific commercial niche in tandem with the growth of the city, carried with it the steady loss of traditional arts of the community, weaving foremost among them. As late as the 1960s, most women would spin wool with manual spindles, and would weave it on a backstrap loom to fashion their wraparound skirts, and the ponchos for their husbands and sons. Originally the predominant technique was warp-faced plain weave, but in the mid-20th century the women began to make tapestry blankets and ponchos. To that end they developed an innovative scheme of design, where letters of the alphabet figured prominently.

A's and T's would frequently appear upside down on the ponchos, and the C's, E's, P's and R's could be read turned around, right to left. It was evident that the weavers were fascinated by the alphabet, even though they hadn't mastered writing on paper. Other garments from Tlazoyaltepec boasted S's repeated along the entire length of the web, which would seem to be a phonetic obsession if it weren't explained as a sign of identity: Santiago is the patron saint of the community. Young weavers, more adept in school knowledge, inscribed their works with place names they had memorized from the free textbooks published by the Mexican government for primary education, as witnessed by ponchos labelled OAXACA MEXICO, TUXTEPEC, and TEPIC NAYARIT.

On the other side of the planet, the island of Hainan in the gulf of Tonkin, to the south of China and to the northeast of Vietnam, is renowned for the quality of the weaving and embroidery of the Li people, who speak a language related to Thai, and who had inhabited the island for a thousand years before the arrival of the first Han colonizers, the dominant population in China. In the early 1900s, the Meifu subdivision produced some of the worthiest textiles of the Li people, especially tubular skirts decorated with complex designs worked in the same technique as the Mexican *jaspe* rebozos (resist-dyed by means of knots on the warp, a process called ikat), and head cloths that were finely brocaded and embroidered with silk on both ends, worn by the bride for her wedding. Large characters copied from Chinese calligraphy were the

main motifs on those cloths, even though errors and distortions during the transcription often made them incomprehensible. To the extent that it is possible to decipher them, they speak about the virtues of the young woman getting married. Evidently, the embroiderers were not wholly familiar with the subtleties of the logographic system of the Han people, but the simple idea of a text embodied on fabric seems to have captivated them.

It is no coincidence that 'text' sounds like 'textile' in English, as in Spanish and in other European languages. Both terms derive from the Latin *texere*, 'to weave.' *Textus* is the shape this verb will take in the past participle, which we can translate as 'what has already been woven,' i.e., the wefts already fixed in between the warp threads. What began as a metaphor, viewing words as threads that get ordered and interlaced with each other to achieve a coherent composition, became over time a primary referent, where the allusion to the loom was weakened. But the etymological link between writing and weaving goes deeper than the metaphor, and relates both terms to 'technique': *texere* in Latin, as much as *téktōn* in Greek (*téktōn*: 'carpenter, artisan'), has its origin in the Proto-Indoeuropean root **teks-*, 'to fashion, to build' (the asterisk indicates that the form was reconstructed on the basis of evidence from diverse daughter languages). Thus the words 'text,' 'textile' and 'technique' share a long conceptual history in the West. Let's not find it intriguing, then, that canvas should be a favorite medium to trace ABC's, riddles and heartfelt poems since centuries ago.

In recent years we have witnessed how young persons in Oaxaca and in other cities in Mexico like to wear t-shirts with inscriptions in English. We suspect that in many cases those who sport them don't understand what some recurrent statements really mean within the fashion world for mass consumption, as for example KEEP CALM AND CARRY ON, originally an admonition from the British Government for the population to prepare itself psychologically for the Second World War. At times, it is obvious that the message was garbled as it passed through a clothing sweat shop in China. We aren't going to criticize here the preference for those t-shirts as an example of cultural alienation, or as a reflection of industrial imperialism. The point for us is to perceive that these youngsters, whom we see on the street every day, have been seduced by the magic of words worked into cloth, as much as Mixtec weavers in Tlazoyaltepec or Li embroiderers on the island of Hainan. The ancient charm that binds text to textiles still prevails.

Alejandro de Ávila B. - Curator

